

S U E R T E



Me llamo Paco, aunque, pensándolo bien, mi nombre es lo de menos en esta historia.

El jueves es un día muy especial para mí. Ayer, como todos los jueves desde hace ya muchos años, estuve compartiendo cervezas y confidencias con el único gran amigo que me queda, y fortalecimos ese vínculo que nos une desde la infancia.

Fue al final, como siempre pasaba cuando llevábamos más cervezas de las que podíamos soportar, cuando me dijo que lo único que necesitábamos para ser completamente felices era un golpe de suerte... Vamos... hacernos ricos.

Nos reímos mucho imaginando viajes, comprando libros y discos sin mirar la cartera, o cenando, o comiendo en lugares de lujo.

La verdad es que la imaginación nos llevó a sitios donde ni siquiera habíamos deseado ir anteriormente. Y nos reímos de lo lindo...

Con un fuerte abrazo nos despedimos hasta la semana siguiente, y ambos regresamos a casa pensando en esa quiniela que llevábamos haciendo ya más de diez años, y que nunca nos había tocado.

En casa olvidé los viajes, los discos, los libros, las cenas... y su concepto de la suerte.

Entré. La casa no es digna de portada de revista, pero es mi casa, y me gusta porque es allí donde tengo mi reino... ¡Que no es poco!.

Todo estaba en silencio, pero no me alertó. Era normal a esas horas, y en ese día, y entré en el dormitorio sin hacer ruido.

La luz del baño estaba encendida y podía oír el ruido del agua cayendo sobre la bañera, previo paso por su cuerpo.

Su agradable voz cantando una canción difícilmente reconocible me hizo sonreír. La canción no sonaba peor cuando el agua entraba en su boca y producía melodiosas gárgaras de difícil comprensión.

Desnudándome me metí en la cama. Las sábanas de franela me calentaron rápidamente y seguí escuchando su voz. Definitivamente no era lo que me enamoró de ella.

Qué voz más bonita tenía, pero... ¡qué mal cantaba!.

Tras un lento transcurrir se escuchó el eco de la puerta de cristal de la bañera chocando contra el marco superior. Otro intento y otro ruido... Otro más.

Algún día me decidiría a arreglar la dichosa mampara que andaba rota desde el día que me empeñé en montarla por mi cuenta.

Poco a poco, a través del espejo, y rodeada de un vaho caliente y blanquecino, pude discernir su silueta oscura saliendo de la bañera. Después, al verla desnuda, acariciando su cuerpo con una toalla blanca con la que no tardó en rodearse, volví a sentir un extraño miedo del que no me puedo desprender estando a su lado.

Siempre que estaba a su lado, así, observando su majestuosa desnudez, me sentía desarmado, como si no dispusiera del armamento necesario para defenderme de un ejército que avanza enérgico, y ante el que tendré que sucumbir para ser su esclavo de por vida... Y es ahí donde nace mi miedo.

Cuando uno tiene todo lo que desea es inevitable que tema perderlo.

Después, sus pies desnudos, y aún mojados, dejaron la alfombra del baño para pasear, absorta en sus cosas, sobre el parquet de la habitación.

La toalla ocultaba sus senos y parte de sus muslos, pero me regalaban una longitud de piernas que, si no era excesiva, sí estaba repleta de curvas y líneas dibujadas concienzudamente.

Y allí pensé, absorto, que el tiempo transcurrido mientras le esperaba había merecido la pena. Como siempre.

En ella el hacedor sublimó la feminidad sin aspavientos. Era su cuerpo un mapa virgen donde se elevaban todas las bellezas y donde se ocultaban los mayores de los misterios.

No me hubiera importado nada haberle esperado por más tiempo, aunque fuera rodeado de aburrimiento y sueño.

Allí, en esa cama que llevaba compartiendo con ella muchos años, di gracias a un Dios en el que no creía, y recordé otra vez a mi amigo y su concepto de la suerte. ¿Sería capaz de entender el mío? Seguro que sí, pensé, mientras acudían a mí palabras oídas y leídas en otros momentos de mi vida. Nada hay en el mundo – ni siquiera el mismo demonio – que penetre en el alma como el amor y la pasión. ¡Cuánta verdad!.

Llevaba un minuto en la habitación y aún no se había percatado de mi presencia. Así era ella... guapa y despistada.

Yo, en cambio, me sentí como aquella joven Chatterley espiando a su amante en el bosque mientras secaba su cuerpo ajeno a todo.

¡Qué susto se llevó al encender la luz y ver mi figura en la cama!.

Tal fue el susto que hasta se le cayó la toalla. A ambos nos agradó.

Allí, erguida como un brioso árbol, me miró fijamente y me sonrió después de apartar el primer miedo.

- Hola capullo – me dijo sonriendo – me has dado un susto de muerte

- tú no... tú me has alegrado el día – le dije mirando un cuerpo que creía conocer de memoria pero que no dejaba de sorprenderme día tras día

Frente al espejo, iluminada por la luz que provenía del baño, me miró fijamente y me sonrió, más tranquila. Rendido a ella comprendí que la belleza era un privilegio del que todos deberíamos hacernos dueños.

Esa mujer que estaba frente a mí seguía siendo la misma con la que fantaseaba día a día, aun estando a su lado. Esa mujer era un castigo para quien – pensé emocionado - pudiera observarla pero no tocarla...

Fue a su lado donde comprendí que la nada podía llenarse de todo.

¿Que no era la mujer más guapa del mundo?... ¿Que no era una modelo ni tenía un cuerpo como para serlo?... ¿y quién decidía eso dentro de mí? . Allí sólo yo tenía voz... y voto. Y solo yo iba a disfrutar del festín.

Su longeva sonrisa, siempre eternamente dibujada en su rostro, detuvo todas las secuencias emocionales de mi cerebro, haciéndome sentir como un niño pequeño. Y es que allí, frente a ella ni siquiera llegaba a pensar nada con claridad. Solo estaba ella y su envoltorio, eso que ocultaba lo mejor de ella... eso que no se podía ver mas que a través de mis ojos.

Lo único que podía hacer era mirarle sin pestañear, para no perder un solo gesto de los que me regalaba. Y en lo único que pensaba era en ella, que la tenía delante y no quería perderla.

Sí...lo sé, no era la primera vez que me encontraba en esa misma situación con ella. Es más, la noche anterior la había presenciado y disfrutado también, pero, siempre que se lo propusiera, conseguía dejarme así... como una brújula en el espacio, incapaz de encontrar el magnetismo cercano que me indique la dirección a seguir.

Ante mí estaba... ¿cómo decirlo?... el defecto más hermoso de la naturaleza.

Esa noche, y esa sí era una suerte para mí, noté en sus ojos ese brillo que desprenden cuando su cuerpo también se alegra de verme. ¡Y eso sí que no pasaba todos los días!.

Así, lentamente, mientras mis ojos se saciaban de carne, caminé hacia mí con pasos casi etéreos. Su cuerpo, dibujado en el espejo, era aún más hermoso.

Su caminar sencillo, pero cargado de una sensualidad apabullante, me hacía sentir más pequeño en una cama que se extendía y se hacía más y más grande para recibirla.

Hasta mí avanzaba el tren de todos los vicios... y yo ya me sentía ebrio.

Mirarla era lo más cercano a volver a nacer, olvidar tensiones acumuladas, miedos y frustraciones...

Era, sin duda, una mujer excesiva en todo, y bajo unos labios amenos ocultaba un arma mortal en su cálida funda de seda.

Sin saber cómo – estaba totalmente perdido y desorientado por el embargo de su perfume – se echó sobre mí y nuestras cabezas se hundieron en la almohada, hecha de nubes frescas y perladas.

Acaricié su pelo, mojado aún, al mismo tiempo que nos besábamos. La mezcla de jabón y su propio olor me llevó a mi infancia.
Con la otra mano rodeé su cintura. El suave y sedoso tacto de su piel aterciopelada me hizo sentir en el cielo.
Nuestras almas ya se habían encontrado. Ahora eran nuestros cuerpos los que gritaban presurosos.
Así, volvimos a besarnos...
Nos acariciamos...
Volvimos a mirarnos...
Un “te quiero” salido de ambos labios... el de ella casi robado.
Tras eso, nos perdimos en un rato inolvidable pintado con fuegos de artificio y atracciones fuertes y, a la vez, delicadas. Y allí, una vez más, volvíamos a caer en la trampa que nos preparaba la madre naturaleza para no extinguirse nunca.
Nuestra habitación se convirtió en un parque de atracciones... comimos algodón rosa y dulce. Bajamos por la noria, nos volteamos por la montaña rusa, y finalmente giramos, cogidos de las manos, en los caballos del carrusel.
Al cerrar el parque, nos abrazamos y nos quedamos dormidos...

A la mañana siguiente, como siempre, me desperté antes que ella, levanté las mantas y me abracé a un cuerpo ameno con el que no solo había dormido, sino también soñado.
Le besé. Ella dormía. No quise despertarle y romper la armonía.
Me fui a la ducha para arrebatarle su olor a mi cuerpo. Me vestí y volví al dormitorio.
Al entrar pude verla en la cama, con medio cuerpo desnudo. La manta cubría la mitad de ese mapa de pecas que era su espalda. Una de sus piernas también escapaba de la tela y colgaba suspendida en el aire, a punto de rozar con la alfombra.
Antes de salir le miré por última vez agradeciendo por segunda vez que fuera ella lo último que veo al dormirme, y lo primero que veo al despertarte por la mañana.
Una enorme sonrisa se dibujó en mi cara...
Y recordé a mi amigo y nuestra conversación...

¿Acaso existe alguien con más suerte que la mía?